

Karen Horney, pionera de la ruptura con el modelo freudiano para explicar la psicología femenina y el desarrollo humano sano y neurótico

Reyes VALLEJO ORELLANA
Universidad de Sevilla

Resumen

Karen Horney representa en la historia del psicoanálisis un personaje muy debatido, pues se opuso a las teorías biológicas y organísmicas freudianas, defendiendo un modelo interaccionista donde lo cultural toma un papel preponderante a la hora de explicar las claves del desarrollo humano y de la psicología de la mujer, superando las estrecheces anteriores. La revisión de todo ello es el objeto de este trabajo, con el que se trata de rendir un homenaje a la principal responsable del psicoanálisis culturalista o neopsicoanálisis.

Palabras clave: Horney, neopsicoanálisis, psicoanálisis culturalista, interaccionismo, desarrollo humano, psicología de la mujer, neurosis.

Abstract

Karen Horney represents a controversial character in the history of psychoanalysis. While opposed to the biological and organismic points of view on Freud's theories, she defended an interactional model where the cultural aspects were mainly considered to explain the keys for human development and also women's psychology. In our article we will try to review these ideas as well as to honor one of the main author responsible for the so called cultural psychoanalysis or neopsychanalysis.

Key words: Horney, neopsychanalysis, cultural psychoanalysis, interaccionism, human development, woman's psychology, neurosis.

Esbozo biográfico de Karen Horney

Existen muchos estudios biográficos de Karen Horney, debiendo destacarse el de Susan Quinn (1987), pues en él se hace justicia a los avatares de su vida privada. Así mismo, son muy abundantes los trabajos sobre la obra de Horney en diferentes sitios de internet, aunque no todos resultan igual de rigurosos.

Karen Horney (1885-1952) fue hija del noruego Berndt Henrik Vackels Danielsen y de Clotilde Maris von Ronzelen, una descendiente de holandeses conocida como *Sonni*. Contrajeron matrimonio en 1881, siendo las segundas nupcias de Berndt, que era 19 años mayor que *Sonni*, aportando cuatro hijos al nuevo hogar que instaló en Eilbeck, cerca de Hamburgo. A ellos se sumaron dos nuevos hijos, que recibieron por nombre Berndt (nacido en 1882) y Karen (nacida el 16 de septiembre de 1885).

El padre de Karen era capitán de la marina mercante y la madre hija de un arquitecto que se había educado en el clásico ambiente burgués de la época y en un entorno religioso marcado por el protestantismo. Clotilde no estaba enamorada de Berndt e incluso lo despreciaba, sentimiento que imbuyó en su hija, quien se desarrolló en un clima familiar con escasas muestras de amor entre los padres.

A los 13 años, alentada por su madre, Karen decide estudiar medicina, lo que le obligaba a dejar la escuela religiosa local para integrarse en el liceo de Hamburgo, donde acababan de autorizar el acceso de chicas. Con 16 años, Karen fija su residencia en Hamburgo con el fin de realizar los estudios previos para tener acceso a la Universidad, siendo acompañada por su madre, que tuvo que alquilar a jóvenes es-

tudiantes algunas habitaciones de la casa para sufragar los gastos. Esta situación familiar era un claro síntoma del alejamiento del matrimonio, que finalmente se rompió en agosto de 1904, a partir de cuyo momento Karen empezó a mostrarse muy ambivalente con su antes admirada madre, quejándose de su esnobismo y de su antisemitismo.

Con 21 años, Karen inicia la licenciatura de medicina en la Universidad de Friburgo, ciudad a la que también se desplaza la madre para hacerle compañía. Por entonces, conoce al que sería su marido, Oskar Horney, que cursaba economía política en Braunschweig. Una vez completado el ciclo preclínico, Karen se traslada a Gotinga para completar sus estudios médicos, viviendo ya sin su madre durante una temporada, pues ésta se fue a Estocolmo con su nuera, aunque regresaría al poco tiempo.

En 1909, contando 24 años, Karen contrae matrimonio con Oskar, instalándose en Berlín, otra vez junto a su madre, viviendo toda la familia de lo que ganaba el esposo. Por esta época, Karen empieza a asistir a la Clínica Neuropsiquiátrica de la Universidad, donde conoce a Karl Abraham, con quien iniciaría su primer análisis por estar aquejada de ciertas dificultades sexuales y de un prolongado estado depresivo. Poco después, en mayo de 1910, fallece su padre, acentuándose su tristeza, a pesar de lo cual decide interrumpir su tratamiento psicoanalítico. En este tiempo nace su hija Brigitte y en febrero de 1911 muere su madre, planteándose reanudar su análisis a causa del bajo estado anímico en que se encontraba, optando finalmente por el autoanálisis por temor a sus reacciones transferenciales.

En 1911 Karen finaliza la carrera en Berlín, iniciando inmediatamente su for-

mación psiquiátrica a la par que asiste a las reuniones científicas de la Asociación Psicoanalítica local, donde presentó en febrero de 1912 una comunicación sobre la educación sexual de los niños. Durante este año empieza su tarea profesional de psicoanalista y dos años después presenta su tesis de doctorado que versó sobre el traumatismo físico como causa de la psicosis. En 1915, en plena guerra mundial, fue nombrada secretaria de la Asociación Psicoanalítica de Berlín. Ya tenía dos hijas (Brigitte y Marianne), naciendo Renate, la última, en 1916, año en que la familia se instaló en la opulenta villa de Zehlendorf. En 1920, Karen forma parte como analista didacta del recién creado Instituto Psicoanalítico de Berlín, emprendiendo por entonces un breve análisis con Hanns Sachs.

Los años de 1926 y 1927 fueron negativos para la estabilidad económica de la familia Horney, hasta el punto de tener que vender su residencia de Zehlendorf, yéndose Karen y sus tres hijas a vivir a un apartamento menos costoso, tomando huéspedes para sufragar los gastos familiares, ya que en 1927 se había producido la ruptura con Oskar, aunque el divorcio oficial tendría lugar en 1937.

Paralelamente a todo ello, la posición de Horney en el grupo freudiano se iba desacreditando, lo que, junto a la situación política y económica en que se debatía Alemania, hizo que Karen aceptara un puesto de directora adjunta en el Instituto Psicoanalítico de Chicago que lideraba Franz Alexander, un antiguo discípulo suyo. Partió para los Estados Unidos el 22 de septiembre de 1932, acompañada de su hija Renate, pues las otras dos hijas ya eran independientes. Pasado un año se nacionalizó norteamericana, convalidó sus estudios médicos y empezó a publicar muchas

obras clínicas, creándose un notable prestigio que condujo a elevados ingresos económicos en su consulta privada.

Su vida acabó el 4 de diciembre de 1952, falleciendo a consecuencia de un cáncer de pulmón. Junto a su cama hospitalaria apareció el último libro que estaba leyendo, *El egoísta*, clara expresión de sus intereses (Sayers, 1991).

Pionera de la ruptura con el modelo freudiano al preconizar las influencias culturales en el desarrollo humano

Aunque se suele estimar que Alfred Adler fue el iniciador del enfoque culturalista, de hecho fueron Erich Fromm, Harry Stack Sullivan y Karen Horney quienes verdaderamente se constituyeron en los pioneros de este movimiento, cuya característica central fue el rechazo de la teoría pulsional (y sus múltiples derivados) en favor de la determinación socio-cultural en el desarrollo humano normal y patológico, así como en aspectos nucleares de la identidad femenina. Tales autores propiciaron así mismo la sustitución de los métodos psicoterapéuticos prolongados y pasivos de los freudianos por otros más breves y activos, en los que los conflictos del presente y la relación con el paciente se tornaron esenciales.

En este trabajo sólo nos vamos a ocupar de las aportaciones de Karen Horney, las cuales se extienden a lo largo de tres fases:

1. La etapa freudiana, que abarca desde 1917 a 1932 y que se desarrolla en Europa, aunque en un trabajo precoz, *La técnica de la psicoterapia psicoanalítica* (Horney, 1917), empieza a mostrar ciertas discon-

formidades con el modelo psicoanalítico clásico. En los escritos sobre la psicología femenina también estuvo en contra de las tesis de Freud, Abraham y Deutsch.

2. El despegue del freudismo, que se extiende desde 1932 a 1941, en Estados Unidos. Las principales ideas de esta etapa se encuentran en *La personalidad neurótica de nuestro tiempo* (Horney, 1937), en donde da a las interacciones del niño con su madre y a las influencias socio-culturales un papel central a la hora de explicar el desarrollo humano en cualquiera de sus facetas, dejando de lado el enfoque basado en la teoría pulsional y en el complejo de Edipo. De todos modos, aún pertenece como miembro a las instituciones psicoanalíticas, a las que renunciará al final de esta etapa, creando su propia institución, el llamado Instituto Norteamericano de Psicoanálisis.
3. El establecimiento de su propia doctrina, lo que realiza desde 1942 hasta el final de su vida, cosa que también tuvo lugar en Estados Unidos, construyendo unas teorías muy alejadas del psicoanálisis clásico, con claras influencias de Goldstein con su noción de organismo, de Smuts con su concepción holística, de Whitehead con su idea de proceso y de Bertalanffy con su enfoque acerca de los sistemas, así como de los antropólogos Kardiner, Linton y Margaret Mead. Las obras básicas de esta etapa son *Nuestros conflictos interiores* (1945), *Neurosis y madurez* (1950) y *Psicología femenina* (1967).

Una revolucionaria explicación psicoanalítica de la psicología de la mujer

Desde muy pronto, en *La técnica de la psicoterapia psicoanalítica* (1917), Horney rechazó la explicación freudiana de la psicología femenina a partir de la envidia del pene y el subsiguiente complejo de castración, defendiendo como alternativa que la personalidad de la mujer se originaría por la identificación de la hija con la madre, llamando la atención sobre la envidia del varón por la maternidad, idea que fue muy bien acogida por las feministas.

Algún tiempo más tarde, Horney también se opondría a ciertas ideas centrales de la metapsicología freudiana, como la primacía del ello y a la existencia de la pulsión tanática como fundamento de la agresividad humana, pensando que el ser humano se vuelve agresivo por un bloqueo en su desarrollo natural. Cuestionó así mismo el principio de placer y el determinismo freudiano, todo lo cual hizo que empezara a ser rechazada por los partidarios del psicoanálisis clásico.

En cuanto a la batalla en el territorio de la psicología femenina, se inició tras la comunicación de Abraham en el VI Congreso Internacional de Psicoanálisis celebrado en La Haya en 1920, bajo el título de *Manifestaciones del complejo de castración femenino* (Abraham, 1921), donde afirmó, en parte con base a lo recogido en el análisis de la propia Horney, que muchas mujeres tienen el deseo reprimido de ser varones y rechazan su identidad sexual, cosa que se muestra en múltiples contenidos oníricos y en variados síntomas neuróticos, conjunto que confirmaba la presencia de la envidia del pene y subsiguiente el

complejo de castración que Freud había señalado como núcleo de la psicología de la mujer. Abraham indicó que las menstruaciones, las relaciones sexuales y el parto reavivaban el latente complejo de castración y que el frecuente odio a los hombres, sobre todo al padre, expresaría el resentimiento por no haber recibido un pene, de lo que también surgiría la frigidez, la prostitución, el lesbianismo, el feminismo, la fobia a ver heridas y el afán vindicativo de muchas mujeres.

Estas ideas indignaron a Horney, que abandonó su análisis y se opuso a Abraham con la aportación que hizo en el siguiente Congreso Psicoanalítico Internacional celebrado en Berlín en 1922, donde presentó *Sobre la génesis del complejo de castración de las mujeres* (Horney, 1923). Aquí defendió que la femineidad se desarrollaba a partir de influencias innatas y a través de la identificación hija-madre, proceso que estimaba tan fuerte y primario que incluso creaba la fantasía de haber vivido junto a la madre el acto sexual con el padre. Estas aportaciones de Horney fueron favorablemente acogidas por un grupo de profesionales que se oponían al biologicismo freudiano, haciendo que su prestigio fuese en aumento, siendo invitada en 1925 a dar una conferencia en la Universidad de Humboldt sobre psicología femenina, así como hacerse cargo de un curso sobre sexualidad de la mujer en el Instituto Psicoanalítico de Berlín.

En 1926, Horney plantea un ataque aun más frontal a las ideas freudianas, precisamente en un volumen del *International Zeitschrift für Psychoanalyse* dedicado a la celebración del 70 aniversario de Freud. En su trabajo, aún reconociendo la importancia de la envidia del pene, Horney (1926a) mantuvo que la identidad femeni-

na era primaria, así como lo era el deseo de estar junto a la madre cuando ésta tiene relaciones sexuales con el padre, lo que la niña fantasearía como una especie de violación. En cuanto a los consabidos sentimientos de inferioridad de la mujer, negó su relación con los atributos anatómico-genitales, defendiendo su origen cultural, en lo que estaba influida por el filósofo Georg Simmel.

En cuanto a la envidia de la maternidad del varón, idea que había sido concebida por Groddeck, Horney insistió en que veía confirmado este deseo en los fenómenos transferenciales de sus pacientes masculinos, en los que registraba claras muestras de envidia del embarazo, del amantamiento, etc. En el trabajo que comentamos, *La huida de la femineidad* (1926a), Horney sugirió que la negligencia de los psicoanalistas por este tema se debía a que la envidia de la maternidad de los varones es prontamente reprimida o sublimada en una sociedad dominada por los hombres, lo que no puede ocurrir, por la misma razón, con la envidia del pene en las mujeres. Mantuvo, por otro lado, que el psicoanálisis es la creación de un genio masculino, Sigmund Freud, y de una mayoría de discípulos igualmente varones, por lo que era lógico que sólo se desarrollara una psicología desde la perspectiva fálica, que incluso llevó a estimar el clítoris como una especie de pequeño pene, olvidando completamente la vagina.

También aparece por estos años el trabajo titulado *La sexualidad inhibida. Una contribución psicoanalítica al problema de la frigidez* (Horney, 1926-1927), donde trata de ahondar psicoanalíticamente en este desorden sexual, que ella misma aquejó, llamando la atención no sólo sobre los presuntos conflictos pulsionales intrapsí-

quicos que subyacen a tal síntoma, sino también sobre la definitiva influencia de los factores culturales, que evitaban que la mujer se expandiera y desarrollara sus posibilidades personales y sexuales.

En los años treinta Horney persiste en su línea de investigación, ocupándose de las diferencias psicológicas entre hombres y mujeres, presentando una comunicación en una reunión psicoanalítica en la Asociación Médica de Mujeres Alemanas el 20 de noviembre de 1930 bajo el título de *La desconfianza entre los sexos* (Horney, 1931), donde defendió, entre otras cosas, que después de la primera infancia el varón alimenta la imagen de una madre abnegada y sacrificada, que termina encarnando el ideal de mujer que puede llegar a satisfacer todos sus deseos y necesidades. Esto trae rápidamente consigo la envidia de ser madre, lo que se pierde pronto por vivir en una cultura que mantiene que la mujer es inferior al hombre, tal como se recoge en la teoría freudiana de la envidia del pene. Freud se opuso tajantemente a estas tesis, subrayando que utilizar el psicoanálisis como arma de controversia en el tema de la femineidad no conducía a ningún sitio.

El asentamiento en EE UU y el definitivo abandono de las tesis biológicas al dar cuenta de las claves culturales en el desarrollo humano sano y neurótico

Horney criticaba la teoría freudiana por su excesiva orientación biológica, su ignorancia de las variables antropológicas y sociológicas, su dualismo cuerpo-mente y su enfoque mecánico-evolucionista. Así, cuando Karen se asienta en EE UU acentúa su interés por la influencia de los factores socio-culturales en la totalidad del desarro-

llo humano, perspectiva que llegaría a conformar el *neopsicoanálisis*, con la estrecha colaboración de Erich Fromm y Harry Stack Sullivan. Ello, sin embargo, no significó el dejar completamente de lado los determinantes individuales, aunque sí los estrictamente biológicos, aunando aquéllos a las influencias culturales en una novedosa perspectiva interaccionista, donde era clara la primacía de lo psicosocial.

El prestigio de Horney en Norteamérica fue creciendo día a día, siendo invitada por varias instituciones importantes para que expresara sus ideas en torno a la psicología de la mujer. Así, por ejemplo, en 1933, en la Sociedad Ginecológica de Chicago dio una conferencia titulada *Factores psicogénicos en los desórdenes funcionales de la mujer* (Horney, 1933a), resaltando el papel que podía tener una madre amenazante, odiada y temida en la frigidez y en el vaginismo. También ese año publica *La negación de la vagina* (Horney, 1933b), donde se opone a la tesis freudiana respecto al miedo del hombre a los genitales de la mujer: no es a la carencia de pene en la mujer lo que atemoriza al hombre, sino que el intento de encontrar un pene en la mujer es una negación ante el *siniestro genital femenino* que es la vagina, que el niño vive como *demasiado grande* para su *pequeño pene*, lo que trae defensivamente consigo una hipervaloración narcisista del órgano masculino. En este artículo también defendió la hipótesis de una sexualidad vaginal primaria en la niña, en contra de la idea freudiana de una sexualidad fálica primaria.

Siguiendo con su desarrollo teórico, la obra titulada *Los conflictos maternos* (Horney, 1933c) supuso un paso más en la prioridad que otorgaba a las influencias culturales en la maternidad, concediendo

cada vez menos valor al llamado instinto maternal. Por otro lado, en *La sobrevaloración del amor* (Horney, 1934), estimó que la necesidad de amor en las mujeres no se debía a una identificación innata con la heterosexualidad de la madre, sino al hecho de haberse sentido superada por ésta o por una hermana mayor durante la infancia y haber tratado de ir más allá que ellas rebajándolas a los ojos de los hombres mediante sus propios éxitos con ellos. A partir de tal perspectiva, Horney se fue distanciando más y más de la teoría pulsional freudiana, atribuyendo los trastornos neuróticos a defensas contra las carencias afectivas recibidas por parte de los padres a lo largo de la niñez, lo que abocaría en una alteración de los potenciales innatos de autorrealización. Por este tiempo, Karen conoce a Erich Fromm, con el que establece una relación amorosa y profesional, enriqueciendo su doctrina en la línea ya emprendida.

Con anterioridad se había opuesto a la tesis innatista del masoquismo femenino que defendía Helene Deutsch (1925, 1930): la postura de ésta era que el masoquismo era un producto defensivo frente al complejo de castración. Aunque Horney (1926b) no asumió tal enfoque falocéntrico, hasta *El problema del masoquismo femenino* (Horney, 1935a) no mantuvo con claridad que el masoquismo era de origen ambiental. En relación con la presencia de este rasgo como síntoma, Horney lo consideró al modo reichiano, esto es, como un rasgo más de una estructura caracterial anómala, entendiendo su raíz como algo defensivo y no estrictamente pulsional. De igual forma explicaba la neurosis en general, que enfocó desde la perspectiva de las neurosis de carácter, donde los síntomas serían expresión de defensas frente a la

angustia básica creada por presiones del ambiente y no transacciones del yo ante las presiones pulsionales del ello.

Su forma de trabajar psicoterapéuticamente fue impregnándose de las anteriores ideas teóricas, interviniendo exclusivamente en los elementos defensivos caracteriales. En tal línea, fue dejando de lado las reconstrucciones históricas y las interpretaciones centradas en los significados de los deseos inconscientes, primando el trabajo sobre los fenómenos transferenciales en el aquí y ahora de la relación clínica, efectuando las interpretaciones a la luz de las defensas construidas frente a las presiones situacionales o procedentes del entorno. Paradójicamente, durante este período de su práctica, Horney se oponía a los cambios propuestos por Alexander en la línea de crear una psicoterapia psicoanalítica, dejando Chicago para unirse, junto a Sullivan, Thompson y otros, al grupo de Washington-Baltimore, aceptando en el mismo un puesto como docente en 1934 y abandonando el Instituto de Alexander. Horney se instaló junto a Erich Fromm en el lujoso Hotel Survey de Nueva York, donde atendía a sus pacientes privados, desplazándose cuando era necesario para dictar sus cursos a Washington-Baltimore.

En mayo de 1935, en contra de los deseos de Sándor Rado por su alejamiento del modelo freudiano, Karen fue elegida miembro de la Asociación Psicoanalítica de Nueva York y analista didacta del Instituto Psicoanalítico de tal sociedad. Durante una intervención que realizó en la Asociación Psicoanalítica Americana, donde presentó *Ciertas reservas sobre el concepto de bisexualidad psíquica* (Horney, 1935b), sostuvo que la neurosis no era debida al complejo de Edipo tal como había mantenido Freud, sino que estaba sosteni-

da en último término por la hostilidad y la sed de amor resultantes de una auténtica falta de cariño por parte de la madre en la primera infancia.

Por estos años, la New School for Social Research, que iba acogiendo a todos los profesionales europeos exilados, invitó a Horney a que impartiese allí docencia, oferta que aceptó ganando mucha popularidad y prestigio, sobre todo cuando publicó *La personalidad neurótica de nuestro tiempo* (Horney, 1937), que llegó a ser un auténtico *best-seller*, reeditándose una docena de veces en diez años. En esta obra, aparecen con claridad sus nuevas ideas y sus originales propuestas terapéuticas, primando en todo ello lo cultural sobre lo pulsional. En cierto sentido, *La personalidad neurótica de nuestro tiempo* supuso una crítica a *El malestar de la cultura* de Freud (1930), cuyo punto de partida era la sociedad patriarcal y en donde se mantenía una visión pesimista para el destino de la Humanidad. Frente a ello, Horney (1937) planteó una actitud optimista muy acorde con la mentalidad del pueblo norteamericano, defendiendo que el sufrimiento psíquico humano era fruto de conflictos entre el individuo y la sociedad, que los padres podían atenuar o evitar si trataban adecuadamente a sus hijos, gracias a lo cual éstos podrían desarrollar una personalidad armónica y bien adaptada. Los determinantes pulsionales pasaban así a un plano muy secundario, mientras que la socialización a través de la familia se tornaba el núcleo del desarrollo del individuo. Horney no negaba, por supuesto, la influencia de las circunstancias acontecidas en la vida infantil, aunque subrayaba en todo caso que los hechos de índole cultural serían los determinantes mayores sobre el carácter y la conducta del sujeto. El argumento del li-

bro, que Horney escribió durante unas vacaciones en México en 1936, era muy sencillo: si falta calor por parte de los padres en el contacto con sus hijos, ello originará en éstos frustración, intimidación y hostilidad. Y si tal hostilidad se prohíbe, terminará siendo reprimida, aunque se mostrará en fantasías de daño personal y en conductas sociales desajustadas, todo lo cual sería la cuna de la angustia básica.

Todo desarrollo anómalo de causa psíquica vendría dada, además, por dos características: por un lado la extrema rigidez o labilidad en las reacciones y por otro la discrepancia entre las capacidades y las realizaciones del sujeto. Ello ocasionaría una hostilidad que habría de ser reprimida, dando lugar a la angustia básica y la necesidad de desarrollar una serie de defensas caracteriales para mantenerla a raya, defensas que irían empobreciendo paulatinamente la personalidad y las posibilidades de éxito individual. Toda genuina neurosis, pues, se construía para Horney como una neurosis de carácter y cuando no era así, cuando se daba una personalidad, por así decir, intacta, se trataría de una mera neurosis situacional, puesta en marcha por hechos actuales, la cual sería de escaso interés psicoanalítico.

Más concretamente, para Horney los verdaderos desarrollos neuróticos tendrían las siguientes raíces conflictivas:

- A. Dar y recibir afecto.
- B. Asuntos alrededor de la autoevaluación y la autoafirmación.
- C. Represión de la agresividad u hostilidad básica, que haría emerger la angustia básica, afecto que sería el núcleo de toda neurosis, la cual posee tres rasgos esenciales: la indefensión, la irracionalidad y el carácter.

ter de alerta de que algo no va bien dentro de nuestro *self*.

D. De tal angustia básica se intenta escapar mediante muy variadas defensas caracterológicas, entre las que destacan las racionalizaciones, las negaciones, las narcotizaciones (drogas, viajes, trabajo, compras), los escapes, las inhibiciones, los eclipsamientos parciales del conflicto, el aislamiento social, las idealizaciones de sí mismo y las exoactuaciones o *actings-out*.

E. El objetivo terapéutico debía ser, así, el de procurar elevar la autoestima y el autocontrol del sujeto, evitando en el análisis aquellas interpretaciones que lastimaran su ego, pues, si se hacía esto, se pondría en marcha la llamada reacción terapéutica negativa, que Freud situaba en el eterno retorno de lo pulsional y de la que Horney ya se había ocupado en 1936, manteniendo que algunos pacientes no mejoraban por el temor a engendrar celos y hostilidad en los otros; otra fuente de tal reacción terapéutica negativa sería la actividad interpretativa autoritaria o crítica, sobre todo en el caso de pacientes que habían tenido conflictos con cuestiones que gravitaban en las esferas de la necesidad de poder y de la búsqueda de cariño (Horney, 1936).

En resumen, los trastornos neuróticos no son para Horney el resultado de conflictos pulsionales intrapsíquicos, sino el producto de ciertas distorsiones afectivas sufridas en la infancia, en particular carencias amorosas con los subsiguientes sentimientos de soledad y abandono, lo que re-

cuerda la traumatogénesis ferencziana. Es más, Horney resaltó, esta vez en la línea adleriana, que las neurosis se establecían cuando los padres prefieren a un hijo en detrimento de otro(s), lo tratan con injusticia o falta de consideración, interfieren en sus deseos y amistades o se burlan de sus primeras manifestaciones de independencia, lo que ocasionaría la ruptura de la naciente voluntad (concepto rankiano), así como la represión de la ira, la cólera u hostilidad por miedo a perder el afecto de los padres. La consecuencia final sería el establecimiento de la angustia básica que se intenta controlar por medio de estrategias defensivas de sumisión y permanente búsqueda de afecto, retraimiento social o bien manifestaciones más o menos encubiertas de contrahostilidad. Horney mantuvo que la actitud sumisa era más propia de la niña, lo que sería fuente de la pasividad y sometimiento en la adultez. Ahora bien, Horney justificaba las fallas parentales sobre la base de que ellos mismos habían recibido un trato anómalo por parte de su círculo familiar.

Horney también llamó la atención sobre la cara adaptativa de las defensas, tal como Anna Freud había establecido en *El yo y los mecanismos de defensa* (1936), pero, a diferencia de ésta, no daba especial importancia a los conflictos pulsionales entre el ello y el superyó, sino entre las diferentes tendencias caracteriales (sobre todo la necesidad de afecto y el deseo de poder o de prestigio) y las presiones del entorno cultural, debiéndose tener en cuenta que en los neuróticos tales tendencias personales alcanzan cotas exageradas, por lo que las conflictivas individuo-sociedad se acentúan. Concretamente, en el neurótico el conflicto entre el deseo de brillar y ser estimado le empuja a una competitividad

excesiva, lo que se ve favorecido por el hecho de que esta última característica es muy fuerte en nuestra cultura occidental. La llamada de atención sobre el reforzamiento de ciertas tendencias neuróticas en nuestra actual cultura era el cierre de *La personalidad neurótica*.

Dos años después, en un artículo publicado en el *Journal of Adult Education*, Horney (1939a) conectaba los anteriores temas con el fascismo, ideología que exige de la gente una completa dependencia y una obediencia ciega, lo que puede entrar en conflicto con las tendencias a la auto-realización.

Un paso más en el alejamiento del freudismo: el abandono de las instituciones psicoanalíticas y la consolidación de una nueva visión del trastorno neurótico

Las ideas de Horney se iban alejando cada vez del marco freudiano, por lo que los miembros del Instituto Psicoanalítico de Nueva York empezaron a marginarla, invitándola a hablar sólo de temas menores. La situación aún se tornó más difícil con la llegada de los exilados centroeuropeos, la mayor parte de los cuales era freudianos puros. Quizás esto pudo ser la razón por la que Horney se negara a participar en el comité de sostén de emigrantes de la Asociación Psicoanalítica neoyorquina, limitándose a ayudas individuales. En todo caso, los éxitos sociales y económicos de Karen iban en aumento, permitiéndose vacaciones de lujo en Francia y Suiza, la compra de un apartamento profesional en el Central Park South y la adquisición de un hermoso piso en Croton sobre el Hudson.

A finales de la década de los treinta ve la luz *El nuevo psicoanálisis* (Horney,

1939), donde el enfrentamiento con el modelo freudiano ya es total, tanto en su cara teórica como técnica, particularmente con la acentuación que da a los conflictos presentes frente a los del pasado cuando se trata de explicar las neurosis y abordarlas terapéuticamente: el aquí y ahora y el contexto socio-cultural pasan a sustituir tanto el pasado infantil como los conflictos pulsionales. A la hora de acceder al núcleo caracterial neurótico, el análisis de los sueños y lo estrictamente inconsciente dejan su sitio al análisis de la angustia básica, priorizándose el trabajo interpretativo de los fenómenos transferenciales en el aquí y ahora de la sesión. La pulsión erótica y la pulsión de muerte, así como el complejo de Edipo, fueron dejados de lado como baluartes explicativos del desarrollo normal o neurótico, insistiendo Horney en el papel del ambiente familiar hostil frente a las tendencias individuales, de cuyos conflictos surgirían las defensas masivas que organizan la personalidad. Sólo el valor de la represión inconsciente y la determinación psicológica de la neurosis siguen intocables, así como la importancia técnica de la regla de la asociación libre y el trabajo analítico sobre la neurosis transferencial. En todo caso, para Horney la neurosis era fruto de una angustia básica nacida de una inadecuada educación infantil dentro del seno familiar, donde la violencia parental era la clave explicativa esencial. El niño, incapaz de expresar la hostilidad así engendrada, ha de reprimirla, lo que aboca en la instauración de una notable inseguridad y secundariamente en situaciones de naturaleza edípica, tratando de aliarse con el ascendiente que considera más fuerte, habitualmente la madre. Los ingredientes biológicos y sexuales quedaban de esta forma desterrados de la doctrina freudiana.

En otro orden de cosas, Horney elaboró una original teoría del narcisismo, también al margen de la matriz freudiana: el narcisismo dependería del grado de reconocimiento por parte de los otros del sí-mismo (*self*) real o verdadero del sujeto. Cuando se da una ausencia de dicho reconocimiento, se desarrolla un sí-mismo alienado, compuesto por un *self* despreciado y un *self* ideal, que pone en marcha una estructura personal que busca desesperadamente el propio reconocimiento social, lo que traerá consigo la consolidación de una especie de falso *self*, de marcada endebles psicológica, aunque esté rodeado a veces de una máscara exitosa, bajo la cual laten continuas recriminaciones que no nacen del superyó, sino que son productos defensivos del ego frente a las temidas críticas externas.

En el marco terapéutico, Horney defiende que una genuina psicoterapia debe perseguir la liberación en el paciente de la angustia engendrada por sus inadecuadas defensas caracterológicas, de forma que pueda lograrse una reconciliación con el verdadero *self*. Ello exige una peculiar relación terapéutica donde se impliquen ingredientes afectivos y morales, es decir, una especie de actitud cuasi-materno/paternal que facilitara la reconstrucción del alterado *self*.

La mayor parte de los psicoanalistas freudianos de la época rechazaron tales propuestas teóricas y técnicas, torpedeando las enseñanzas institucionales de Horney. Como anécdota se cuenta al respecto que, tras una conferencia que Horney dio en el Instituto Psicoanalítico de Nueva York en octubre de 1939, donde criticó el papel que Freud daba a los determinantes infantiles en la instauración y desarrollo de las neurosis, las críticas fueron tales que terminó llorando desconsoladamente.

Por otro lado, también se le complicaron a Karen las cuestiones personales, pues su hija Marianne, que ya era analista, la atacó públicamente, al manifestar que ella había sufrido por parte de su madre una falta de amor en la infancia. Esto hizo que se dijese de Horney que en sus análisis didácticos y en su docencia, dadas sus conflictivas personales sin resolver, lo único que perseguía era crear gente dependiente, pues no analizaba correctamente la transferencia. Al cabo de algún tiempo, sin embargo, se produjo una reconciliación entre madre e hija, entrando ésta a formar parte de la Asociación para el Avance del Psicoanálisis, grupo que Karen había creado tras la definitiva salida de las instituciones psicoanalíticas freudianas, si bien con posterioridad Marianne se alejó nuevamente de su madre, por influencia de Fromm, con quien se había analizado.

En abril de 1941, tras un problema con unos exámenes en el Instituto Psicoanalítico de Nueva York, se decidió que Horney dejara de ser analista didacta e instructora, pasando a mera conferenciante ocasional, cuestión que ocasionó la ruptura final, creando Karen la antes referida Asociación para el Avance (Progreso) del Psicoanálisis (AAP), que no fue reconocida por la Asociación Psicoanalítica Americana (APA), a pesar de que formaban parte de ella figuras como Erich Fromm, Harry S. Sullivan y Clara Thompson o que asistieran a dictar cursos y conferencias Margaret Mead, Franz Alexander, Abram Kardiner, Abe Maslow y otras figuras del momento.

Por otra parte, y como ya hemos referido, Horney había recurrido en algunos momentos de su vida al autoanálisis, lo que le fue de utilidad. Por ello, tomó la decisión de redactar un libro sobre el tema durante las vacaciones estivales de 1941, las

cuales pasó con Fromm en Monhegan. *El autoanálisis* vio la luz en junio de 1942, fecha en la que habitaba en una nueva casa, teniendo como secretaria, enfermera y amiga a Gertrude Lederer-Echardt, suegra de su hija Marianne.

Horney consideraba que Freud había subestimado el potencial del autoanálisis, entendiéndola que era un buen instrumento para deshacer algunos de los rasgos caracteriales anómalos que impiden la autorrealización individual. Recomendaba que tal práctica autoanalítica debía basarse en el trabajo sobre los propios sueños y sobre focos conflictivos menores, sin seguir ningún ritmo regular. Desaconsejaba, sin embargo, la utilización de diarios íntimos por su carácter narrativo y porque, en el fondo, buscan convencer a un presunto público, con el consiguiente autoengaño (opinión claramente contradictoria con el hecho de que Horney en su juventud los redactó, siendo publicados en 1980). En lo que se refiere al delicado tema de las resistencias que se ocasionan en el autoanálisis, Horney pensaba que sólo suponían un inconveniente cuando existía un grado importante de alienación en el *self*, particularmente si se daban rasgos de resignación, cinismo y destructividad. Mantuvo, en todo caso, que el trabajo autoanalítico debería centrarse en las dificultades presentes que se conectaran con ciertos problemas del pasado respecto a la propia madre, admitiendo que el trabajo se facilitaba si previamente se había recibido un tratamiento analítico con una terapeuta simétrica y poco autoritario.

El autoanálisis recibió una acogida fría, mientras que Fromm empezaba a tener gran éxito con *El miedo a la libertad*, lo que trajo consigo celos y enfrentamientos mutuos, llegando Horney a plantearle a

Fromm inconvenientes para ejercer su docencia en la AAP, ya que no era médico. Todo se complicó aún más porque Fromm decidió la ruptura de la relación amorosa con ella. Por todo ello, y por la rígida actitud de Karen en variados temas, en 1943, Fromm, Sullivan, Thompson, Silberberg y otros cinco miembros más deciden dimitir de la AAP, lo que coincidió con el distanciamiento definitivo de su hija Marianne. Todo esto fue un duro golpe, no sólo personal, sino también para el progreso de la AAP, ya que por entonces se estaba tramitando su reconocimiento oficial por parte del Colegio Médico neoyorquino.

Tratando de superar estos disgustos, en 1944, Karen se va de vacaciones a Cuernavaca (Méjico), donde por entonces vivía su hija Renate. Allí escribiría otro libro, *Nuestros conflictos interiores* (Horney, 1945), cuyo título original es el de *Una teoría constructiva de las neurosis*, que representó el apogeo de la doctrina de Horney frente a las ideas de Sigmund Freud, Helene Deutsch y Melanie Klein. Vuelve a insistir en esta obra en que el origen de la neurosis está en la falta de afecto parental, lo que generaría una serie de rasgos caracteriales anómalos como productos defensivos, haciendo que se detuviera el desarrollo normal de las tendencias sociales sanas.

Horney habló también de los tipos de carácter que ello engendraría: el acomodaticio, el agresivo y el desapegado, según predominase, respectivamente, la tendencia hacia, contra o lejos de los otros. En los tres casos se instaura una imagen de sí idealizada (*self* grandioso, la llamaría Kohut), con el fin de tener controlado todo lo que lesionara la autoestima, provocándose también un continuo paso al acto (*acting-out*) de los conflictos y una instau-

ración de la proyección como mecanismo defensivo preferente.

El año siguiente, Karen publica, junto a un grupo de colaboradores, el libro titulado *¿Piensa usted psicoanalizarse?* (Horney y otros, 1946), obra de escasa profundidad y de ánimo vulgarizador. Cuatro años después sus ideas alcanzan la culminación en *Neurosis y madurez* (Horney, 1950), también editado como *Neurosis y desarrollo humano* (en inglés apareció con el título *Neurosis and Human Growth*), obra en donde el concepto de autorrealización de la psicología humanística supone el eje central del argumento. Aquí, Horney se concentra una vez más en el estudio de las defensas caracterológicas, pero sin referirse para nada a sus motivaciones, tratando de señalar las diferencias entre el *self* verdadero y el *self* idealizado, matizando que la neurosis no era consecuencia de la frustración que la sociedad llevaba a cabo con nuestras necesidades reales, sino al hecho de que tendemos a suponer que tenemos derecho a que los demás nos las satisfagan sin condiciones, lo que da lugar en el neurótico a la indignación y a la necesidad de un triunfo vindicativo. Ello no significa que el neurótico no tenga respecto de sí mismo enormes exigencias generadoras de angustia: de entre ellas la más notable es la de no poder alcanzar sus imposibles ideales. En cualquier caso, insiste Horney, el neurótico se aliena en relación con su verdadero *self*, optando algunos por una identidad expansiva, otros por una identidad difuminada y un tercer grupo por la renuncia y la resignación.

Aquí Horney se adscribe a una teoría del desarrollo humano que supone la existencia de fuerzas evolutivas constructivas que impulsan espontáneamente hacia la autorrealización personal (seguridad y sa-

tisfacción), estimando que la mayor parte de las distorsiones serían de orden ambiental, concretamente psicológico y cultural, admitiendo en todo caso que hay aspectos que no pueden ser objeto de aprendizaje. Sea como fuere, los seres humanos tratamos de lograr el mejor control interpersonal posible, así como el mayor grado de adaptación. Al respecto, Horney defendió que la personalidad posee una estructura psicológica nuclear, el *verdadero yo* o *verdadero self*, sistema encargado no sólo de impulsar los potenciales orgánicos, sino también de integrar y adaptar, lo que sería la fuente última del desarrollo armónico.

En todo caso, dice Horney, el niño necesita de ciertas *fricciones* con los deseos y voluntades de los otros, de las que surgirán los tres tipos generales de movimientos organizativos de la conducta: uno guiado por un *ir hacia la gente*, otro por un *alejarse de la gente* y un tercero dirigido por un *contra de la gente*: cumplimiento (*compliance*), alejamiento o agresión sería, pues, la tríada que sostiene el desarrollo humano. Cuando un niño ha sido aceptado y querido, seguramente pondrá en marcha el *ir hacia*, con las debidas proporciones del *ir contra* y *alejarse de*. En el caso del desarrollo anómalo, con un clima familiar previo de carencias de afectos o de rechazo (*maldad básica*), las líneas de desarrollo se alterarán en uno u otro sentido, creando un conflicto central con su correspondiente angustia básica, que tratará de resolverse buscando compulsivamente, con rigidez y extremismo, lo que dé seguridad y confianza en sí para tratar de disolver de esta forma el sentimiento de indefensión y desamparo que ocasiona la ya referida angustia básica, entrándose en caminos de expansión narcisista, variados

autoaniquilamientos, autoculpabilización y masoquismo, o incluso resignación y retirada de la vida.

En la obra que aquí comentamos, Horney da el último paso en su distanciamiento del psicoanálisis freudiano, llegando incluso a devaluar el papel de los fenómenos transferenciales en el tratamiento, dando mucha más importancia a las conductas llevadas a cabo en el entorno actual del paciente y a los rasgos del carácter concomitantes, señalando que la ayuda en el desarrollo del potencial de la autorrealización era la principal clave terapéutica, lo que estaba en la línea del llamado psicoanálisis humanístico, que da un papel prioritario al individualismo, grito a la autosuficiencia que fue bien acogido por el público norteamericano.

Por entonces, cuando el final de su vida estaba a la vuelta de la esquina, Karen se enamoró de un joven candidato de la AAP, que se había analizado con ella, lo que le trajo innumerables críticas, las cuales trataba de superar pasando lujosas vacaciones en Suiza y en Méjico, donde vivían respectivamente sus hijas Brigitte y Renate. Tras conocer a Suzuki, que preconizaba un acercamiento entre el budismo Zen y el psicoanálisis, viaja en el verano de 1952 a Japón, junto a su hija Brigitte que se había divorciado y trasladado a Nueva York en diciembre de 1951. Al regreso de Japón, aunque ya venía encontrándose mal desde el año anterior, se le diagnostica un cáncer y Karen Horney muere el 4 de diciembre de 1952, teniendo que interrumpir un curso que había empezado a dictar el 15 de septiembre de ese año en el Instituto Americano de Psicoanálisis, que está publicado en nuestro idioma como *Últimas conferencias* (Horney, 1987). Antes de esta fecha, la AAP editó *Psicología feme-*

nina (Horney, 1967), en donde se recogen algunos de los trabajos que había realizado desde 1922 a 1936, de algunos de los cuales hemos hecho referencia con anterioridad.

Referencias

- Abraham, K. (1921). Äusserungsformen des weiblichen Kastrationskomplexes. *Internationale ärztliche Zeitschrift für Psychoanalyse*, 422-452. [Manifestaciones del complejo de castración femenino. En K. Abraham, *Psicoanálisis clínico* (págs. 259-283). Buenos Aires: Hormé, 1980].
- Deutsch, H. (1925). *Psychoanalysis of the Sexual Functions of Women*. Londres: Karnac Books, 1991.
- Deutsch, H. (1930). The Significance of Masochism in the Mental Life of Women. En R. Fliess, *The Psychoanalytic Reader*. Londres: Hogarth Press, 1950.
- Freud, S. (1930). *Das Unbehagen in der Kultur*. Leipzig, Viena y Zúrich: Internationale Psychoanalytischer Verlag. [*El malestar de la cultura*. En S. Freud, *Obras Completas, tomo XXI* (págs. 55-140). Buenos Aires: Amorrortu, 1979].
- Freud, A. (1936). *Das Ich und die Abwehrmechanismen*. Viena: Imago Verlag. [*El yo y los mecanismos de defensa*. Buenos Aires: Paidós, 1965].
- Horney, K. (1917). Die Technik der Psychoanalytische Therapie. En *Bericht über die Fortschritte der 1914-1919*. Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1920.
- Horney, K. (1923). Zur Genese des weiblichen Kastrationskomplexes. *Internationale ärztliche Zeitschrift für Psychoanalyse*, 50-65. [Sobre la gé-

- nesis del complejo de castración en las mujeres. En *Psicología femenina* (págs. 37-55). Buenos Aires: Psique].
- Horney, K. (1926a). Flucht aus der Weiblichkeit. *Internationale ärztliche Zeitschrift für Psychoanalyse*, 360-374. [La huida de la feminidad. En *Psicología femenina* (págs. 57-75). Buenos Aires: Psique, 1970].
- Horney, K. (1926b). Book Review of H. Deutsch, 'Psychoanalysis of Sexual Women'. *International Journal of Psychoanalysis*, 7, 92-100.
- Horney, K. (1926-1927). Gehemmte Weiblichkeit: Psychoanalytischer Beitrag zum Problem der Frigidität. *Internationale ärztliche Zeitschrift für Psychoanalyse*, 67-77. [La feminidad inhibida. Contribución psicoanalítica al problema de la frigidez. En *Psicología femenina* (págs. 77-91). Buenos Aires: Psique, 1970].
- Horney, K. (1931). Das Misstrauen zwischen den Geschlechtern. *Die Ärztin*, VII, 5-12. [La desconfianza entre los sexos. En *Psicología femenina* (págs. 121-133). Buenos Aires: Psique, 1970].
- Horney, K. (1933a). Psychogenetics Woman's Functional Disorders. *American Journal of Obstetrics and Gynecology*, 25, 694-708. [Factores psicogénicos en los desórdenes funcionales de la mujer. En *Psicología femenina* (págs. 183-196). Buenos Aires: Psique, 1970].
- Horney, K. (1933b). Die Verleugnung der Vagina. Ein Beitrag zur Frage der spezifisch weiblichen Genitalangs. *Internationale ärztliche Zeitschrift für Psychoanalyse*, 372-384. [La negación de la vagina. Contribución al problema de las angustias genitales específicas de las mujeres. En *Psicología femenina* (págs. 167-182). Buenos Aires: Psique, 1970].
- Horney, K. (1933c). Maternal Conflicts. *American Journal of Orthopsychiatry*, III, 4. [Los conflictos maternos. En *Psicología femenina* (págs. 197-204). Buenos Aires: Psique, 1970].
- Horney, K. (1934). The Love's Overvaluation. *The Psychoanalytic Quarterly*, III, 605-638. [La sobrevaluación del amor. En *Psicología femenina* (págs. 205-238). Buenos Aires: Psique, 1970].
- Horney, K. (1935a). The Problem of Feminine Masochism. *The Psychoanalytic Review*, XII, 3, 241-257. [El problema del masoquismo femenino. En *Psicología femenina* (págs. 239-260). Buenos Aires: Psique, 1970].
- Horney, K. (1935b). Certain Reservations to the Concept of Psychic Bisexuality. *International Journal of Psychoanalysis*, 16, 510-511.
- Horney, K. (1936). The Problem of the Negative Therapeutic Reaction. *Psychoanalysis Quarterly*, 5, 29-44.
- Horney, K. (1937). *The Neurotic Personality of our Time*. Nueva York: Norton. [La personalidad neurótica de nuestro tiempo. Buenos Aires: Paidós, 1960].
- Horney, K. (1939a). Can you Take a Stand? *Journal of Adult Education*, 11, 127-140.
- Horney, K. (1939b). *New Ways in Psychoanalysis*. Nueva York: Norton. [El nuevo psicoanálisis. México: Fondo de Cultura Económica, 1968].
- Horney, K. (1942). *Self Analysis*. Nueva York: Norton. [El autoanálisis. Buenos Aires: Psique, 1968].
- Horney, K. (1945). *Our Inner Conflicts*. Nueva York: Norton. [Nuestros con-

- flictos interiores*. Buenos Aires: Psique, 1976].
- Horney, K. (1950). *Neurosis and Human Growth*. Nueva York: Norton. [*Neurosis y madurez*. Buenos Aires: Psique, 1967].
- Horney, K. (1967). *Feminine Psychology*. Nueva York: Norton. [*Psicología femenina*. Buenos Aires: Psique, 1970].
- Horney, K. (1980). *The Adolescent Diaries of Karen Horney*. Nueva York: Basic Books.
- Horney, K. (1987). *Final Lectures*. Nueva York: Norton. [*Últimas conferencias*. Buenos Aires: Paidós, 1989].
- Horney, K. y otros (1946). *Are you Considering Psychoanalysis?* Nueva York: Norton. [*¿Piensa usted psicoanalizarse?* Buenos Aires: Psique, 1973].
- Quinn, S. (1987): *A Mind of her our. The Life of Karen Horney*. Nueva York: Summit.
- Sayers, J. (1991). *Les mères de la psychanalyse*. París: PUF, 1995.